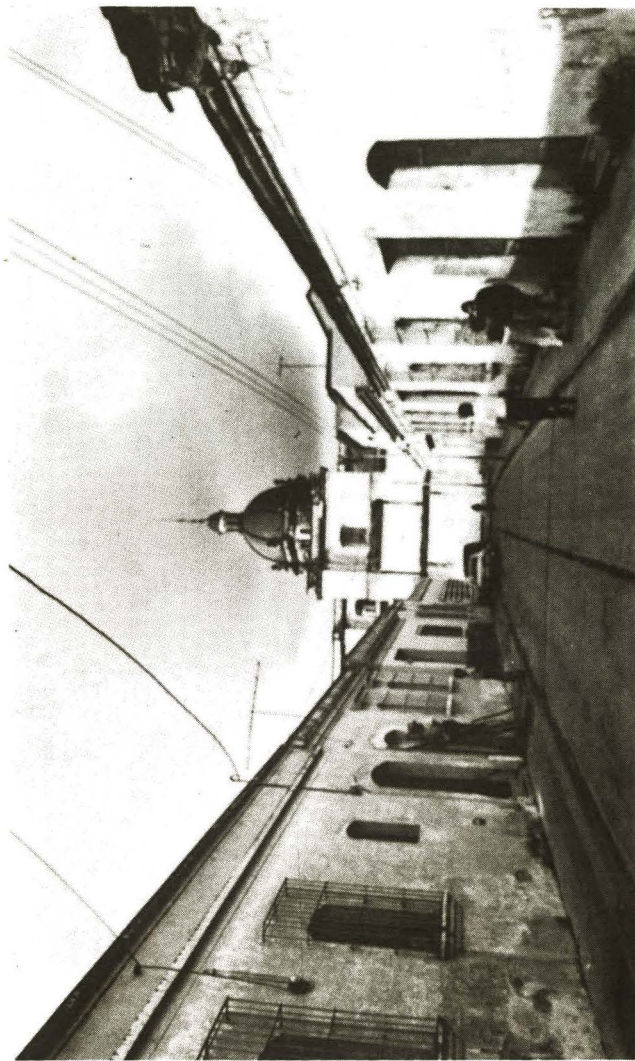


**Por los Viejos Barrios
de la Ciudad de
Guatemala**



*“Al nacer el sol tras la cúpula de la Merced, el poeta salió a indagar por la identidad de la mujer...”. Callejón de Jesús. Barrio de La Merced. Diciembre, 1975.
(Fotografía: Mauro Calmarchini.)*

Al nacer el sol tras la cúpula de la Merced, el poeta salió a indagar por la identidad de la mujer que había encontrado con su amigo.

Se dirigió al diario *La República* y consiguió, entre sus compañeros, que alguien le asegurara que aquella muchacha era la hija del oidor, don Juan Ibáñez de la Roca, quien vivía en la calle del Seminario, a una cuadra de la Plaza vieja.

Henchido de felicidad se dirigió presuroso a la casa de su amigo, el pintor.

—Pensando en vos andaba —le dijo al verlo—. He averiguado ya quién es la patoja del Paseo de los Arcos. Se llama Celina Ibáñez Guerra. Es la hija del oidor don Juan Antonio Ibáñez. ¿Conocés acaso al padre?

—Dejá ver... sí... sí creo conocerlo. Recuerdo que una vez estaba en la Catedral y un personaje se interesó mucho por mi cuadro de la Virgen de Concepción y me pidió que llegara a su casa, pero nunca lo hice. Hoy es oportuno que lo visitemos porque observá como quedó el retrato.

—¡Ah! —exclamó el poeta— es lo más hermoso que has hecho desde hace muchísimo tiempo. Verdaderamente la has captado en toda su magnitud... Vení, no perdamos más tiempo, vamos a entregar el cuadro

Y salieron apresuradamente rumbo al barrio del Sagrario en busca del oidor don Juan Antonio Ibáñez. Llegaron a la casa y conversaron con el magistrado, que quedó sorprendido por la perfección y armonía del retrato de su hija. Estaba dispuesto a quedarse con él.

Luego de haber concretado su valor y cuando ya se retiraban caminando por el hermoso jardín, apareció de improviso Celina, la hija del oidor, quien se conmovió tanto por la habilidad del pincel de Cecilio y los versos de Miguel, que la amistad surgida ese día entre los tres se hizo cada vez más estrecha. Cecilio se agotaba pintando una y otra vez la silueta de Celina y cada una le parecía superior a la anterior.

Sin sentirlo, dicen los viejos sabios, se había prendado perdidamente de Celina, y por ello la pintaba con tanta vehemencia. Por su parte el poeta Miguel también pasaba las noches en claro componiendo versos a Celina y sentía que su alma desfallecía cuando no estaba cerca de ella.

Ambos se habían enamorado de la misma mujer.

Y los dos jóvenes entraron en abierta competencia por lograr el corazón de la amada. Surgió la discordia entre ellos, hasta que un buen día, sentados en un banco de piedra de la alameda de Santo Domingo, hablaron con franqueza, como siempre lo habían hecho. Cada uno reconoció que amaba a Celina Ibáñez Guerra. Razonando acertadamente llegaron a la conclusión de que ambos no podían ser dueños del mismo ser, por lo que Miguel dijo a su amigo el pintor: —no peliemos más. Es cierto que adoro a Celina, con todas mis fuerzas, pero no siento que ella me corresponda; en cambio a vos sí. Se diluye cuando te ve. Yo me retiro. Quédate con ella, y que seas feliz. Creo que eso es lo importante para mí. ¡Adelante mi querido Chilo! —dicen que le dijo— adelante y que tus anhelos sean realidad por lo menos una vez.

Y en esa forma aquella amistad tan estrecha siguió vigente.

- IV -

Desde entonces Cecilio sólo existía para soñar con Celina. Se veía furtivamente después de la misa del Sagrario a la que ella asistía. Ya en el Teatro Carrera, ya en el palco alto, ya en la salida de una función de ópera.

Refieren los viejos que el pintor por primera vez en su vida se sintió plenamente satisfecho. Pero su felicidad fue breve. Don Juan Antonio Ibáñez, cuando advirtió lo que pasaba en el corazón de su hija, se negó a casarla con un pobre mestizo sin ningún porvenir, que no podía darle jamás el bienestar que le correspondía. La envió entonces a México con familiares que allá vivían impidiéndole de esa manera que su amor se afanzara. Tan sólo encontraron el tiempo necesario para despedirse a escondidas. Ambos comprendieron que nunca más se volverían a ver.

No obstante, cada uno llevaba la imagen del ser amado grabada en lo más hondo de sus entrañas.

- V -

Cecilio estaba triste, profundamente triste. Su angustia se hacía más densa al no poder referir a nadie la pena que atenazaba su espíritu, porque Miguel había viajado a la ciudad de Quezaltenango sin comunicarle nada.

Y refieren los viejos de la ciudad que Cecilio, en su desolación, caminó sin rumbo fijo en aquella oportunidad. El crepúsculo manchaba la ciudad y la noche borraba con su sombra la claridad de los rincones. Era noviembre. Cecilio recordaba haber conocido a Celina ese día, en el paseo de los Arcos. Un año inmenso había transcurrido desde entonces. Y sin sentirlo, hacia allá se encaminó.

Caminó y caminó hasta llegar al acueducto, apenas iluminado por la claridad de la noche. Reconoció el lugar donde por primera vez había encontrado a su amada. Siguió vagando por los alrededores, encaminándose luego por las tortuosas calles de la villa de Guadalupe, oscuras, silenciosas y polvorientas.

De pronto, al llegar a la calle real de la Villa de Guadalupe, distinguió cerca del tanque de lavar ropa una figura que le pareció conocida. Aguzó la vista y se sorprendió lleno de emoción: ¡era Celina!, que al parecer se bañaba a la orilla del tanque.

Su estupor fue tan grande que no pudo correr. Cecilio veía recortada en la obscuridad la figura de su amada: vestía un camisón transparente que insinuaba el cuerpo casi en su plenitud. Una cabellera un tanto larga, color negro azabache corría por su espalda, la cual peinaba voluptuosamente con un peine de oro. Cerca de ella refulgía un guacal, también de oro. Cosa extraña, pero por más esfuerzos que Cecilio realizaba no podía ver aquel rostro que tanto le gustaba. Lo tenía vuelto hacia la oscuridad de la noche. Sin embargo, ella le hacía señas con la mano para que se aproximara. El pintor no percibió la atmósfera pesada que invadía el ambiente.

La alegría de encontrarse nuevamente con Celina fue tan profunda que, sin meditar, acudió a su llamado. Cuando Cecilio se acercó, la silueta femenina emprendió la marcha rumbo al infinito. . . La mujer caminaba y caminaba con tanta repidez, que costaba mucho seguirla. Cecilio, en pos de ella, gritaba desesperado: ¡Celina, Celina, por amor de Dios detente!

La blanca figura, en fuga precipitada, se desdibujaba en la noche. Recorriendo cuadras y más cuadras se acercaban a los linderos de la Villa de Guadalupe.

Cecilio iba tras ella sin sentir cansancio. Parecía hechizado. Sin poder coordinar sus pensamientos. No escuchaba el aullar de los perros que se hacía sentir por donde pasaban.

En esa forma se asomaron al campo. Después de recorrer los montes iluminados por la luna, llegaron a la orilla de un barranco. Allí la transparente mujer se detuvo. Cecilio pudo por fin alcanzarla. Se volvió entonces, intempestivamente, y el pintor, en lugar del bello rostro que amaba, se estrelló con una horrible cabeza de caballo que lanzaba fuego por los ojos.

La mujer se arrojó sobre él, las descarnadas manos le dieron un abrazo glacial y Cecilio ya sin saber nada, envuelto en una vorágine de espanto, no pudo librarse. Sin esperar más, la mujer con cara de caballo, lanzando un grito horrible, se precipitó al abismo llevándose en su caída el alma y el cuerpo del artista. . .

Esa noche la gente de la Villa de Guadalupe escuchó aullar a los perros con terror crispante y el tétrico canto de las lechuzas se prendió de los árboles, de las estrellas y del miedo de todos los habitantes de la Villa.

Dijeron los viejos después, que esa noche la Siguanaba había caminado por sus venas.

— VI —

Desde entonces nadie supo más de Cecilio Flores, el pintor de la calle de las Congregaciones. No se le volvió a ver con su cuadernillo de papel de Manila y su carboncillo, haciendo bocetos de mujeres bellas.

Nadie dio importancia a su desaparición; era tan sólo un artista.

Pero cuando Miguel Ricardo de la Fuente, el poeta amigo, se enteró de la ausencia del compañero entrañable, regresó afligido a la ciudad de Guatemala y se dio a la tarea de buscarlo. Recorrió calles, plazas, iglesias, paseos, sin dar con él.

Una tarde, triste y cansado, acertó a pasar cerca del tanque de agua de la calle de Guadalupe. Un carretero descansaba con sus bueyes a la vera del mismo.

Miguel se acurrucó desolado junto a él. El carretero, al sentir tanta aflicción, le habló con afecto. Miguel confesó su pena — ¡sentía tanta necesidad de comunicarse con alguien! — y el viejo desconocido le respondió: — es inútil que lo sigás buscando. ¡La Siguanaba se lo ganó! Hace unos días encontraron en el barranco de allí enfrente el cadáver de un hombre joven, todo arañado y desfigurado, En su bolsa llevaba un cuadernillo de papel de Manila y un pedacito de carbón para dibujar. La gente dice que se despeñó, pero yo estoy seguro que se lo

ganó la Siguanaba, porque ella sale todas las noches por las calles de la ciudad a perseguir a los enamorados.

Con frecuencia toma la forma de la novia de uno, y se hace seguir y seguir hasta que lo embarranca. Eso fue, de plano, lo que le pasó a tu amigo. ¡Si yo te contara! ... He visto muchas veces a esa mujer, pero me he salvado porque he *jalado* a tiempo una mata de *escubilla*, que es la única forma de librarse de ella. ¡Pobre amigo! La Siguanaba se ganó a tu compañero y lo enterró en el barranco. Tené cuidado: no te vayás a tropezar con ella. Mirá que está oscureciendo.

Después de oirlo, el poeta sintió más desolada su alma. Sin saber por qué tuvo la certeza de que el viejo carretero decía la verdad. Como si su voz fuera el eco de otra lejana que venía hacia él, cargada de sabiduría y de siglos. Era la voz de su pueblo que le hablaba, a su manera, de miedos y alegrías. Y se fue lentamente, cada vez más triste por su amigo y su extraña muerte.

La noche, cayéndose de estrellas, lo encontró caminando rumbo a la ciudad. Desde entonces, el poeta Miguel evita caminar en las noches por donde hay agua, porque teme que se le aparezca la Siguanaba en la figura de la inolvidable Celina Ibañez Guerra. Y la bella Celina, mujer fascinante, jamás supo de la muerte de su amado, y jamás volvió a la Nueva Guatemala de la Asunción.

LAS LAGRIMAS DEL SOMBRERON

“¡El Sombrerón, Dios Mío! ¡El mismísimo Duende, el Tzitzimite! ”.

51





“Por el Barrio del Sagrario, frente a la Catedral, los apóstoles de piedra cubiertos de sombra, parecían papel molido. . .”. Catedral Metropolitana de la Nueva Guatemala antes de los terremotos de 1917-18. (Colección: A. René Godoy).

